

XXXIIº Domingo en Tiempo Ordinario

El mes pasado mientras yo estaba en Washington DC para una junta, una amiga me invitó a cenar con varios de sus amigos en su casa. Esa noche rápido me di cuenta de que las diez personas que estaban sentadas alrededor de la mesa incluían a demócratas, republicanos y miembros del Partido Verde, todos con opiniones fuertes. Como se pueden imaginar, sólo unas semanas antes de la elección, la conversación se puso cada vez más acalorada y más fuerte. Yo no dije nada durante la mayor parte de la noche. En un momento, alguien me preguntó, “¿Tienes conversaciones como esta en Kansas City?” Él me dijo: “Vivimos en Washington. Hablamos así todo el tiempo.” Le dije, “No. Con esta elección en particular, si te das cuenta que alguien cercano a ti está apoyando al otro candidato, puedes perder su amistad.” Pero cuando pienso en esa noche, admiro a la gente que estaba sentada alrededor de esa mesa. Ellos se amaban los unos a los otros. Habían sido amigos por mucho tiempo. Indagaron sobre las otras opiniones. No huyeron de la controversia; la enfrentaron, pero lo hicieron con mucho respeto el uno por el otro. A pesar de eso pudieron sentarse juntos en la mesa, escucharon, discutieron, se rieron y compartieron la comida. Si vas a comer con alguien, es mejor que te lleves bien. De lo contrario, cualquier discusión enojada duele más si sucede durante los alimentos.

San Pablo comprendió este problema cuando les responde a los tesalonicenses en la segunda lectura de hoy. En su comunidad, las personas a menudo compartían la comida. Los vecinos traían el producto de sus granjas, cocinaban juntos, comían juntos y jugaban juntos. Sin embargo, dos problemas surgieron en Tesalónica. Algunas personas que no habían trabajado arduamente antes de la comida vieron a comer. Otras personas que se presentaron a la comida pasaron el tiempo chismeando. Pablo les recordó cómo él y sus compañeros actuaron cuando les visitaron allí. Él escribe: “cuando estuve entre ustedes, supe ganarme la vida y no dependí de nadie para comer; antes bien, de día y de noche trabajé hasta agotarme, para no serles gravoso.... Así, cuando estaba entre ustedes, les decía una y otra vez: ‘El que no quiera trabajar, que no coma’. Y ahora vengo a saber que algunos de ustedes viven como holgazanes, sin hacer nada, y además, entrometiéndose en todo. Les suplicamos a esos tales y les ordenamos, de parte del Señor Jesús, que se pongan a trabajar en paz para ganarse con sus propias manos la comida.” Aún hoy, cada uno de nosotros tiene esa responsabilidad. Debemos trabajar por el bien común, y debemos hablar con respeto de otras personas.

Ahora que la campaña ha pasado, nuestra comunidad sigue dividida. La campaña no creó divisiones. Sino puso al descubierto las divisiones que ya existían. Muchos miembros de esta comunidad católica se vieron obligados a tomar la infeliz elección entre un candidato presidencial que favorecía acceso al aborto, y otro cuya postura sobre la inmigración amenazaba con dividir las familias, fomentar los prejuicios, y crear obstáculos en el camino a la ciudadanía. Cuando el Señor Trump asuma el cargo a la presidencia, las personas con temores sobre los prejuicios raciales y étnicos en nuestra comunidad necesitarán consuelo. Todos tenemos mucho trabajo por delante, al escuchar las preocupaciones que muchas voces plantearon durante la campaña, y al trabajar juntos para una resolución.

Al igual que mis amigos reunidos alrededor de la mesa en Washington DC, nos reunimos alrededor de esta mesa. No siempre nos vemos a los ojos, pero debemos hablar de corazón a corazón. Si trabajamos para el bien de los demás y hablamos de ellos con respeto, vamos a construir una comunidad digna de esta mesa, la eucaristía.